
wicked winemakers
WICKED WINEMAKERS PRIMERA ETIQUETA
TEKTIME
LA APUESTA DE BRIX
AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY
HEATHER SLADE

Copyright © 2024 by Heather Slade

Todos los derechos reservados.

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido de ninguna forma o formato o bajo ningún concepto electrónico o físico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin un permiso escrito del autor, exceptuando el uso de acotaciones para una reseña del libro.

LA APUESTA DE BRIX

Él se convirtió en su campeón, ella robó su corazón.
Entre peligrosas intrigas y el encanto de un pueblo pequeño,
¿Podrá su amor sobrevivir al abismo que separa sus dos mundos?

BRIX

Siempre estuve involucrado en los negocios familiares, hasta que Addison Reagan capturó mi corazón. Al ser falsamente acusada de homicidio, yo estoy dispuesto a hacer lo que sea por protegerla y descubrir la verdad. Al encontrarme profundamente enamorado, tengo que sortear las complejidades de mi mundo de riquezas y la vida en la pequeña ciudad de Addison. ¿Encontraré la forma de juntar ambas sin perder a la mujer que se ha convertido en mi otra mitad?

ADDISON

He pasado toda mi vida trabajando duro y soñando con un mejor futuro. Cuando conocí al guapo y adinerado Brix Ávila, descubrí un nuevo tipo de deseo: el de amar y de pertenecer. Mientras que lidio con secretos familiares y falsas acusaciones, me divido entre la lealtad hacia mi madre y lo que estoy comenzando a sentir por Brix.

¿Podré encontrar el valor para confiar en el amor y construir un futuro más perfecto de lo que jamás imaginé?

ÍNDICE

Prólogo
1. Brix
2. Addison
3. Brix
4. Addison
5. Brix
6. Addison
7. Brix
8. Addison
9. Brix
10. Addison
11. Brix
12. Addison
13. Brix
14. Addison
15. Brix
16. Brix
17. Brix
18. Brix
19. Addison
20. Brix
21. Brix
22. Addison
23. Brix
24. Addison
25. Brix
26. Addison
27. Brix
28. Addison
29. Brix
30. Addison
31. Brix
32. Addison
33. Brix

Epílogo
Continúa leyendo
La Revelación de Ridge

Sobre la autora
By Heather Slade

PRÓLOGO

Brix

—Uno de los nuestros está en problemas.

Luego de mi abrupta declaración, toda la bodega quedó en silencio. Cada uno de los hombres que integran la sociedad de Los Caballeros, que no llevaba ese nombre por la bodega de mi familia como todos suponían, sino al revés, se acercó a la mesa.

La sociedad secreta se remonta a los abuelos de mis abuelos. Se reunían siempre que era necesario, cada vez que alguien requería nuestra ayuda. Éramos hermanos: algunos compartíamos sangre y otros no, pero hermanos, al fin y al cabo.

—¿Quién?

Mi tío Tristán Ávila fue el primero en hablar.

—Los nueve estamos aquí.

Asentí, apoyando los dedos sobre la gran mesa frente a mí.

—Es cierto. Se trata de Addison Reagan.

Los tres hombres a la mesa, quienes eran mis hermanos de sangre, Cru, Snapper y Kick me miraron con sorpresa

—¿Qué pasó? —preguntó este último.

—Está bajo arresto —contestó Ridge, librándome de dejar ver el impacto que aquellas palabras tenían en mí.

Tragué saliva y terminé la frase.

—Por asesinato.

1

BRIX

SETENTA Y DOS HORAS ANTES

El estacionamiento trasero del Stave estaba lleno, pero no vi el único auto que me haría dar media vuelta e irme. No tenía ganas de ver a mi hermana menor esta noche. No es que no disfrutara de su compañía; Alex era divertida, lista y llena de vida. A veces, demasiado lista. Demasiado observadora. Y yo no quería ser observado.

Prefería echar un vistazo a la barra de vinos, encontrar un lugar para sentarme aislado de todos y ver a la mujer que me cautivaba cada vez que la veía.

Addison Reager.

Ella había trabajado durante el tiempo suficiente con mi hermana como para obtener el puesto de gerente. Desde que recientemente Alex había tenido a su bebé, ella apreciaba que "Addy" como todos, excepto yo la llamaban, estuviera dispuesta a aceptar su nuevo puesto.

Ninguno de los que conocían bien a Addison se sorprendían de que ella fuera una persona agradable. Me enteré por Alex que Addison y su madre tenían problemas económicos, no es como si eso me importara.

En lugar de entrar por la puerta trasera usada por los empleados, como lo haría si Alex estuviera aquí, caminé hacia el frente a través

del bullicioso patio en donde las hogueras empezaban a calentar la recién comenzada noche.

Ajusté mi gorra de béisbol y bajé la cabeza al reconocer a muchos de los allí presentes como amigos, vecinos u otros empresarios de la industria del vino. De todos modos, llamaría la atención. Sin embargo, dejaría que mi lenguaje corporal se comunicara, no estaba interesado en entablar una conversación, algo que no estaba fuera de lo común en mí. Era conocido como un hombre de pocas palabras, especialmente cuando se trataba de charlar.

Aunque realmente hubiera preferido una de las aisladas mesas de adentro, el único lugar disponible, se encontraba en la barra. Casualmente, mi mejor amigo Noah Ridge, estaba sentado en una de las sillas frente a la barra.

—Me preguntaba si te vería aquí esta noche —dijo Ridge, como todos, incluyéndome, lo llamábamos.

Asentí, mientras rodaba una silla para sentarme. Ridge pasó detrás de la barra, tomó una copa de vino y la llenó con el contenido de la botella sin etiquetar que estaba abierta frente a él. No necesitaba preguntar de cuál vino se trataba. Con tan solo olerlo, el familiar aroma de Zinfandel, la bodega de Ridge me hizo salivar. Revolví el líquido oscuro, prestando mucha atención al borde rojo granate que se formó cuando incliné mi copa. Incluso a la luz tenue, podía ver el tono naranja que indicaba la edad del vino.

Bebí un sorbo, saboreando el dulce roble, la penetrante cereza roja, la zarzamora de montaña y su compleja mineralidad. Cerré los ojos y conté los compases de su largo final.

—1991.

Ridge sonrió, pero no dijo nada. Ambos conocíamos el vino del otro tan bien que adivinar los añejos era fácil.

—Esta noche hay una pequeña cata de Cabernet de tu bodega.

Tomé la carta de degustación y ví que entre los vinos que habían escogido, se encontraban tres de mis añejos favoritos de Los Caballeros. No pude evitar preguntarme si había sido idea de Alex o de Addison.

Casi al mismo tiempo que pensaba en ella, Addison apareció frente a mí.

—Hola Brix.

—¿Noche movida?

—Como siempre al final de la temporada de cosecha.

Ese era el momento más emocionante y agitado del año en el viñedo y en la bodega. La definición exacta de cosecha varía entre vinicultores. Para algunos, significa todo el proceso, desde recolectar las uvas hasta que el vino está embotellado. Para mí y para la mayoría a quienes conozco en la industria, se refiere únicamente a cuando las uvas ya fueron recolectadas y en consecuencia cosechadas.

Determinar cuándo hacer esto, era lo que distinguía a los vinicultores. No había secretos detrás de esto y ciertamente no había un horario específico. Cuando están listas, junto con unas cuantas pruebas de laboratorio, las recolectamos.

Una vez que esto comienza, se desata un caos organizado. Esto a veces significa muchos días seguidos de trabajo sin descanso. Por eso asistir a las catas de vino y darse un respiro después de que las uvas fueron cosechadas era una gran parte de la tradición anual como cualquier otra.

Addison observó el vaso frente a mí y miró a Ridge.

—Por cierto, no te abstengas de tomar lo que gustes de detrás de la barra —guiñó un ojo y tomó la primera de las tres botellas de vino que yo había fabricado.

—¿Cuál es tu favorito? —pregunté mientras ella servía.

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó ella ignorando mi pregunta mientras descorchaba una botella antes de pasar a la otra.

Addison sabía de sobra que esa pregunta no tenía respuesta, porque elegir un vino favorito me resultaba tan imposible como elegir a un hijo preferido si los tuviera. Cada uno de los tres tenía matices que me fascinaban.

La miré mientras sacaba una bandeja de cata del estante, deslizaba las copas alrededor y caminaba fuera de la barra para entregarlo. Y por mirar, me refiero a que no le quité el ojo de encima.

Mis ojos se toparon con los de Ridge y alcancé a escuchar su risita cuando me giré en mi silla para darle la espalda.

—Deberías…

—Guárdate tus comentarios. —Le escupí.

—Solo digo…

Negué con la cabeza y le lancé una mirada antes de volver a mirar a Addison quien caminaba de regreso.

—¿Puedo traerte algo para comer?

Mientras que su pregunta iba directa hacia mí, su mirada examinaba la habitación repleta.

—Estás ocupada.

Ella suspiró y por primera vez en la noche, sus ojos encontraron los míos. Eran color almendra, el mismo color que el añejado Oporto Tawny cuando lo ves a la luz, enmarcados por sus gafas rojas rectangulares, raramente la veía sin ellas.

—Si tienes hambre…

—¡Hey Addy!

Mi hermana apareció por detrás y miró alrededor de la habitación.

—Wow, realmente no bromeabas cuando dijiste que estábamos a reventar.

—Lamento haber tenido que llamarte.

—¿De verdad? Me habría enfadado si no lo hubieras hecho. —Alex nos lanzó una mirada a Ridge y a mí.

—Hola chicos, ¿qué falta por hacer? —preguntó mientras miraba la carta de degustación de esta noche.

Puse los ojos en blanco y Ridge comenzó a reír.

—Tenemos algunos vinos de los viñedos Cabernet Sauvignon, Merlot y Sangiovese que faltan por recoger. —Respondió Ridge. —Te lo agradecería mucho si vienes a echarnos una mano mañana.

—Claro, porque yo puedo estar en tres… espera, cuatro lugares a la vez.

El primer lugar era la finca que ella y su esposo tenían, Demetria. Creo que el segundo, era Los Caballeros, no es como si Alex no nos hubiera ayudado desde que estaba en secundaria. El tercero, debía ser éste, el Stave. Y no tenía idea de cuál era el cuarto.

—La reunión para organizar la gala de recaudación de fondos de los Wicked Winemakers será mañana a primera hora —respondió Alex, señalando a Addison.

—Vas a ir, ¿cierto?

—Ahm… si… Claro.

Miré a mi hermana alzando una ceja cuando Addison se marchó a entregar más vino.

—¿Qué?

Negué con la cabeza.

—No, Gabriel si tienes algo qué decir, entonces dilo.

Nadie me llamaba por mi nombre excepto mi madre e incluso eso era extraño. Mi hermana con su actitud estaba jugando con fuego. No respondí.

Alex resopló y caminó por el pasillo en dirección a la cocina. En la misma dirección en la que había visto a Addison partir, Ridge siguió a mi hermana con la mirada, de la misma forma en la que yo había hecho con la hermosa mujer que no podía sacar de mi mente. No haré ningún comentario sobre el hecho de que Ridge considera que dejó ir a mi hermana.

—Es feliz, ¿cierto? —murmuró Ridge.

—¿Realmente quieres que responda a eso?

Ridge negó con la cabeza y se giró para mirar al patio.

YA ESTABA ACOSTUMBRADO a su mirada atormentada y deseaba que él pudiera encontrar a alguien que lo hiciera olvidar a Alex. Me había preguntado si ella era feliz, pero él ya sabía la respuesta.

Alex y su esposo Maddox, habían salido a escondidas desde que ella estaba en la secundaria. Yo había sido uno de los pocos que sabía de su relación y no había interferido. Por lo que a mí respecta, la guerra que había entre mi padre y el de Maddox había terminado años atrás. De hecho, de haber salido abiertamente, creo que a nadie le hubiera importado.

Fue durante una pequeña ruptura entre Maddox y Alex que ella salió con Ridge, A pesar de que yo era consciente de que él había estado enamorado de ella durante años.

—Tal vez deberíamos socializar —dijo Ridge mientras apuntaba con su cabeza al patio repleto de gente.

—No, gracias.

Terminé mi copa de vino y la cubrí con mi mano cuando él quiso servirme más.

—Ya me voy.

—Voy contigo.

Cerró la botella con el corcho, la colocó detrás de la barra y dejó un billete de cincuenta debajo.

A diferencia de cuando entré, decidí salir por la puerta de empleados. Al cruzar, me topé directamente con Addison.

—¿Ya te vas? —preguntó mirándome a los ojos por segunda vez esa noche.

—Sólo vine por un trago casual con Ridge. —Mentí.

No había nada de casual en hacer el trayecto de cuarenta y ocho kilómetros desde la finca de mi familia hasta acá solo por una copa de vino con un amigo al que veía casi a diario.

—Estoy más cansado de lo que pensaba.

Ella asintió. Yo sabía que ella también estaba cansada. Cuando no estaba trabajando en los viñedos locales, trabajaba como mesera desde la mañana hasta el mediodía en la cafetería que su madre y su padrastro tenían en la ciudad, luego llegaba al Stave donde a veces se quedaba hasta la una de la mañana. Ésa fue la razón de mi reacción hacia Alex. Era demasiado pedirle ayuda a Addison con el evento de recaudación anual. Yo no diría nada al respecto, ya me había expuesto demasiado con mi reacción y lo último que quería era a mi hermana metiendo sus narices en mis asuntos con su empleada.

—Somos un caso. —Dijo Ridge, mientras me acompañaba a mi *pick-up*.

—Domingo por la noche y volvemos a casa a dormir solos y apenas son las ocho de la noche, es patético.

—Tú eres patético. Yo no estoy de ánimo para lidiar con la mierda de Al.

Él soltó una risa.

—Ella es terca como mula.

Abrí la puerta de la *pick-up*.

—Nos vemos, Ridge.

—¿Mañana pasas por mí?

—Negativo, no estoy listo.

—Yo tampoco ¿quieres montar a caballo?

—Buena idea, ¿nos vemos en Seahorse?

Ese rancho era uno de los pocos lugares que quedaban donde podías montar a caballo a la orilla de la playa.

—Llamaré a Press por la mañana.

Lavery "Press" Barrett era el dueño de Seahorse y otro amigo, lo consideraba uno de los mejores amigos.

Me despedí de Ridge y estaba a punto de abandonar el estacionamiento cuando ví a Addison saliendo por la puerta de atrás, bajé la ventana.

—¿Está todo bien? —pregunté mientras ella veía algo en su teléfono.

—Ah, sí. Bien.

Debido a la oscuridad de la noche, era difícil de decir, pero parecía que había estado llorando.

Me estacioné a un lado del local, apagué el motor y salí. Mientras caminaba hacia ella, pude ver cómo se secaba las lágrimas.

—¿Te puedo ayudar?

Addison guardó su teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón y miró al cielo nocturno.

—Solo necesitaba que me diera el aire.

—Ah, ¿sí? —pregunté, limpiándole una lágrima.

—Ya conoces a Dennis.

De hecho, no sabía mucho acerca de su padrastro. El hombre se había mudado a la Costa Central poco antes de que él y la madre de Addison se casaran. Pero como no era mi problema, dejé de indagar en su pasado. El hecho de que haya hecho llorar a Addison, me hizo desear no haber detenido mi búsqueda.

—¿Qué hizo?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Él y mi madre tienen muchas discusiones.

Me acerqué a ella, teniendo cuidado de no invadir su espacio personal.

—¿Qué decía el mensaje?

—Nada. Tengo que volver a adentro.

Se marchó antes de que yo pudiera añadir nada más, ni siquiera buenas noches.

Esperé unos minutos en la parte trasera de la *pick-up*, sólo para ver si ella salía al pensar que ya me había marchado. Mientras que estaba ahí, les envié un mensaje de texto a Ridge y a Press.

¿Qué saben sobre Dennis Murphy?

Es un maldito irlandés, respondió Press. *He oído que tiene un carácter de mierda, ¿por qué?*

Si no fuera por su peculiar acento, el cual se pronunciaba cuando se enojaba o se emborrachaba, olvidaría fácilmente que, aunque Press y su hermano Beau nacieron en Estados Unidos, pasaron la mayor parte de su infancia y adolescencia en Inglaterra.

Hablamos mañana. Respondí

Copiado. Dijo él

Aunque ninguno dentro de nuestro pequeño grupo de amigos había servido al ejército, salvo mi tío Tristán, quien para nosotros era más un mentor que un amigo, nosotros habíamos adoptado el vocabulario.

Ya había entrado a la *pick-up* cuando la pantalla de mi teléfono se encendió con la notificación de un nuevo mensaje. Pensé que era de Ridge, pero al ver, noté que era de Alex.

¿Aún estás cerca?

En el estacionamiento, ¿por?

Necesito tu ayuda. Addy necesita irse.

Voy.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a mi hermana al entrar, deseando primero toparme con Addison.

Alex se veía contrariada.

—Una ambulancia está de camino al hospital con la madre de Addison. Le dije a Sam que llevara a Addison.

—Yo la llevo.

—Estará más cómoda con Samantha. Además, ya se fueron. ¿Tú sirves y yo reparto?

—Claro.

—Gracias, Brix.

Por mucho que quería preguntarle a Alex qué más sabía, no lo hice. Le diría a Ridge que lo hiciera en mi lugar.

2

ADDISON

No me gustaba la idea de dejar a Alex sola en el Stave, pero ella le había insistido a Sam, mi compañera y mejor amiga, de llevarme al hospital en San Luis Obispo, a donde mi vecina me dijo que habían llevado a mi madre.

—No te preocupes, Brix me ayudará. —Me dijo ella mientras me empujaba hacia la puerta de salida.

—Lamento todo esto. —Le dije a Sam durante nuestro trayecto de media hora hacia el sur.

—¿En serio? No te preocupes, tú hubieras hecho lo mismo por mí.

Mientras ella se mordía el labio, yo me preparaba mentalmente para su pregunta. Si bien era muy fácil inventar alguna mentira sobre lo que realmente había sucedido entre mi madre y mi padrastro, sabía que Sam insistiría en entrar conmigo al hospital y terminaría por descubrir la verdad.

Ella extendió su mano y la colocó sobre la mía.

—Cariño, lo siento mucho.

El hecho de que no me hubiera preguntado nada, hacía que lidiar con ello fuera más difícil. Porque significaba que ella ya sabía lo que había pasado.

Como supuse, en cuanto vi a mi madre, ella soltó una historia sobre cómo había resbalado y caído por las escaleras.

El lado izquierdo de su cara estaba bastante magullado y parecía que el corte encima de su ojo hinchado era lo bastante profundo como para requerir puntos.

—Mamá, ¿dónde está Dennis?

—Él no estaba en casa cuando me caí.

No era la respuesta que estaba buscando, pero la dejé colar.

—¿A qué te refieres? Lo ví en la cafetería esta mañana.

—Él partió luego de que te fuiste.

—¿A dónde fue?

El lenguaje corporal de mi madre gritaba que mentía, sobre todo, la manera en la que evitaba mirarme directamente a los ojos.

—San Diego. Está ayudando a sus primos a remodelar su cocina.

Me crucé de brazos, no tenía sentido interrogarla estando aquí, debía esperar a estar en casa para hablarle y saber realmente lo que pasó.

Una mujer con bata blanca corrió la cortina del cubículo de la sala de emergencias y colocó una laptop sobre la mesa.

—Soy la doctora Ambrose.

Colocó una placa de rayos X en la que se apreciaban múltiples fracturas en el brazo derecho de mi madre.

—Como pueden observar, el hueso se rompió aquí, aquí y aquí. —Señaló un punto un poco más arriba. —Y esta otra parece ser antigua.

La cara de mi madre se puso roja de vergüenza y no quería voltear a verme, ni siquiera al llamarla por su nombre.

—Señora Murphy, le recomendaría hablar de sus lesiones con alguien con conocimientos legales —dijo la doctora.

—Ya le dije, me caí por las escaleras.

La doctora soltó un suspiro y asintió.

—Vale, en ese caso, tendrá que utilizar una férula durante aproximadamente una semana y luego de que la hinchazón baje, colocaremos un yeso. Una enfermera le dará la orden para los medicamentos y el alta.

—Gracias. —Murmuré al ver que mi madre permanecía en silencio.

—Siento que hayas tenido que dejar el trabajo por esto.

—Mamá, tenemos que hablar sobre Dennis.

Ella negó con la cabeza y me hizo callar.

—Ya te dije que él no está en la ciudad.

Como vivía en el apartamento que estaba construido sobre el garaje, podía escuchar las discusiones entre mi madre y mi padrastro. Ésta no era la primera vez que trataba de hablar con ella sobre el temperamento y los problemas de ira de mi padrastro.

—Tienes que firmar una orden de restricción.

Mi madre intentó cruzarse de brazos, pero en su lugar, hizo una mueca de dolor.

—Por favor, Addy.

Puse los ojos en blanco.

—Mamá, esto es serio, te rompiste el brazo en varias partes, sin mencionar que no es la primera vez.

Ella se acostó sobre la camilla.

—Cariño, por favor, no me hagas repetir las cosas.

Otra mujer, vestida con ropa casual, se acercó a la puerta del cubículo.

—Necesito la identificación de tu madre y su carné del seguro.

Busqué dentro de su cartera.

—Vuelvo en un momento. —Le dije antes de seguir a la mujer hasta la sala de espera.

—¿Cómo está? —preguntó Sam, acercándose a donde me encontraba mientras esperaba los documentos de mi madre.

—Es demasiado terca.

—¿Y físicamente?

—Tiene el brazo roto en tres partes.

Mi amiga me lanzó una mirada preocupada.

—¿Crees que Dennis sea el responsable?

—Ella insiste en que él está fuera de la ciudad.

Sam levantó una ceja.

—Lo sé y se pone peor. La doctora incluso dijo que parecía que no era la primera vez que se rompía el brazo.

—Mierda.

Cuando la mujer me entregó la identificación de mi madre y su carné del seguro, Sam se dirigió a un conjunto de sillas cerca de donde estábamos.

—Ven, siéntate antes de que te desmayes.

—¿Así de mal me veo?

—Cariño, estás cansada.

Me recosté en la silla y cerré los ojos. Nunca me había caído bien Dennis, desde el momento en que lo conocí, supe que algo no iba del todo bien con él. Mi madre, honestamente, era un imán para los imbéciles, empezando por mi padre. No es como si yo hubiera conocido al tipo, ni siquiera había visto fotos de él. Sólo el hecho de habernos abandonado cuando aún yo era una bebé, decía todo sobre lo que él era. Como todos los hombres por los que mi madre parecía sentirse atraída, como una polilla a la luz: un bastardo.

La mayoría solo iban y venían sin dejar huella en la vida de mi madre, ni en la mía. Hasta que conoció a Dennis Murphy. Mi madre no había vuelto a casarse después de mi padre… y entonces llegó él para cambiarlo todo.

Él fue quien la convenció de hipotecar la casa y comprar la cafetería. Lo hizo sin siquiera pedir mi opinión, me enteré cuando ya todo estaba hecho.

Supongo que Dennis también figuraba como copropietario de la cafetería a pesar de que probablemente no había pagado ni un centavo. Dios, ¿por qué mi madre se involucró con él?

Lo único positivo respecto a los gustos de pareja de mi madre, es que mis gustos eran todo lo opuesto.

Mientras que ella tenía serios problemas con su detector de imbéciles, el mío marchaba de maravilla y eso significaba que, para mí, la vara estaba muy alta.

Solo había un hombre que cumplía con todas mis expectativas, pero él está tan fuera de mi alcance que parecía más bien un sueño imposible. Sin mencionar, que es el hermano mayor de mi jefa.

Gabriel “Brix” Ávila me robó el aliento desde la primera vez que lo ví. De hecho, también robó mis palabras. Cuando él estaba cerca, automáticamente yo era incapaz de decir algo remotamente inteligente o interesante.

Me gustaba y no solo porque parecía modelo de portada de revista. También me atraía su aire taciturno y pensativo. El bar era el único lugar aparte de la cafetería donde solía verlo, y allí casi nunca iniciaba una charla. La responsabilidad de romper el hielo recaía en mí, con recursos tan inspirados como: “¿Qué te sirvo?” O “¿Puedo traerte algo de comer?” De hecho, esta noche, ya había agotado mi deslumbrante repertorio.

Yo no era el tipo de chica que llamaría la atención de alguien tan espectacularmente guapo como el maestro bodeguero y propietario del viñedo “Los Caballeros”.

No es que yo no fuera atractiva, es solo que yo no entraba dentro de los llamados “estándares de belleza”. No era delgada, mi cabello era castaño, un castaño apagado, no un castaño oscuro intenso, ni caoba, ni con mechas, solo castaño. Solía utilizar lentes de contacto, pero después de varias horas de trabajo, comenzaban a irritar mis ojos. Así que volví a mis gafas. Mis delgadas, feas y rojas gafas, las cuales la secretaria de mi optometrista había dicho, parecían de abuelita.

—¡Señorita Murphy! —llamó una mujer diferente desde el mostrador.

Cuando volvió a llamar, me di cuenta de que tal vez me estaban llamando. Me levanté y me acerqué al mostrador.

—Soy la hija de Peg Murphy.

—Tengo el alta de tu madre.

La mujer repitió lo que la doctora había dicho y me dijo que la orden para los medicamentos de mi madre estaba en la farmacia del hospital. Por último, me entregó un tríptico que hablaba sobre violencia doméstica.

—No es la primera vez que vemos a tu madre por aquí —dijo en un tono de voz bajo.

—¿Se refiere a su brazo?

La mujer asintió

—Me temo que es más que eso.

Yo no tenía idea. Quise preguntarle acerca de esas otras veces que mi madre había venido, pero sabía que ya me había dicho más de lo legalmente permitido.

La puerta doble se abrió y mi madre salió en una silla de ruedas empujada por un enfermero.

—Esto no es necesario, me rompí el brazo, no la pierna. —Gruñó.

—Política del hospital, señora.

—Iré a buscar el auto —dijo Sam.

Le agradecí y me quedé observando a mi madre mientras esperábamos. Bajo la intensa luz de urgencias, el moretón de su rostro se veía aún peor. Me estremecí al imaginar lo que debió de sentir cuando Dennis la golpeó, porque no me creía ni por un segundo que se hubiera caído por las escaleras.

Empecé a fijarme en detalles que antes me habían pasado desapercibidos. Era evidente que llevaba semanas sin hacerse las uñas, apenas le quedaban restos de esmalte. Su cabello, que siempre teñía y peinaba con devoción, se veía descuidado, y las raíces ya empezaban a asomar.

Cuando Sam llegó con el auto, ayudé a mi madre a subir al asiento trasero, recordando que debía pasar por la farmacia a retirar sus medicamentos.

—Está bien Addy, no los necesito —dijo mi madre cuando dije que iba a buscarlos.

—El dolor puede empeorar y luego te vas a arrepentir de no tener nada para calmarlo.

—Ya tengo algunos medicamentos para el dolor en casa.

Levanté las cejas, sorprendida.

—¿Ya tienes?

Derrotada, se quedó en silencio y dejó caer su cabeza contra la parte de atrás del asiento, al verla en ese estado, mis ojos se llenaron de lágrimas. Nadie debería ser maltratado y mucho menos por su esposo. Mi corazón se rompió al saber que había ido más allá de sólo algunas discusiones verbales que por casualidad había escuchado. De hecho, Dennis la había herido físicamente hasta el punto de enviarla al hospital.

El camino de vuelta a Cambria estuvo tranquilo hasta que escuché a mi madre roncando detrás de mí, intercambié miradas con Sam y ambas contuvimos una risa. Ya no daba para más, entre lo que había pasado con mi madre y el agotamiento por el trabajo, sentía que la cabeza me iba a explotar.

Cuando llegamos a casa de mi madre, me di cuenta de dos cosas. La primera: mi auto estaba estacionado al frente y la segunda: la *pick-up* de Brix estaba a un lado.

—Pero ¿qué diablos? —alcancé a decir.

—Addy, nunca cierras tu auto y siempre dejas las llaves adentro. Todo el mundo lo sabe, es un milagro que nadie lo haya robado.

—Nadie lo querría. —e murmuré, tratando de ver si alguien más estaba dentro del otro vehículo.

No había postes de luz en Cambria y la luna no era lo suficientemente brillante como para ver.

Antes de poder ayudar a mi madre a bajar del asiento trasero, la puerta del conductor de la *pick-up* se abrió y Brix salió, caminando

hacia nosotras.

—¿Qué haces aquí?

—Traje tu auto.

Estallé en risas, tal vez me había vuelto loca debido al cansancio.

—¿Qué hiciste? ¿Remolcarlo hasta aquí?

Él vio a Sam y señaló con la cabeza en mi dirección

—¿La emborrachaste en el camino de regreso?

—Me hubiera gustado —respondió Sam. —A pesar de que…

—¡Mierda! Acabo de recordar que es domingo y tenemos la reunión para la gala mañana a primera hora.

—No vas a ir.

Miré a Brix.

—¿A qué te refieres?

—Le dije a Alex que no ibas a ir.

Mi madre se aclaró la garganta

—Si a ustedes dos no les importa, realmente tengo que ir a dormir.

—Claro, lo siento. Te ayudo a ir adentro.

—Déjame ayudarte —dijo Brix.

Nos colocamos cada uno de un lado, Brix del lado que no estaba lastimado, ya que estaba más cerca. En lugar de entrar como siempre, por la puerta de atrás, entramos por la puerta del frente.

—Espera. —Se adelantó y encendió las luces de la casa.

—¿En cuál planta está su habitación?

—En ésta. —Le dije.

Lo cual hacía que su historia de las escaleras fuera aún menos creíble ya que ella casi nunca subía a la segunda planta.

—Ya puedo ir yo sola —dijo mi madre mientras entraba a la habitación

—Gracias. —Le dijo a Brix y luego se giró hacia mí

—Te veré en un par de horas, Addy.

—Mamá, no vas a ir mañana a la cafetería, tienes el brazo roto.

—Addy, no podemos darnos el lujo de no abrir.

—Yo me las arreglaré.

Ella no dijo nada, pero sabía que, dentro de tres horas, tendríamos la misma conversación. Sin embargo, ella tenía razón. Ella era tan consciente como yo, de que yo sola no podría sacar todo adelante. Normalmente Dennis y mi madre se ocupaban de la cocina mientras yo atendía a los clientes. Cuando la cafetería se llenaba, ella me ayudaba a entregar los platos, no había forma de que pudiera hacer todo yo sola y tampoco había forma de conseguir ayuda en tan poco tiempo.

—Yo puedo ayudar —se ofreció Sam, a quien no había visto entrar a la casa.

—Gracias, pero…

Ella levantó su mano interrumpiendo lo que estaba diciendo.

—Addy, no tienes opción. No si quieres que se quede en casa.

Apuntó con la cabeza en dirección a la habitación de mi madre.

—Sólo dime a qué hora me quieres allí.

—¿A las cinco?

Realmente dudaba que Sam estuviera de acuerdo en venir tan temprano.

—¿Van a partir a esa hora?

Me volteé al escuchar la pregunta de Brix.

—Yo me iré un poco más temprano.

—¿A qué hora? —insistió.

No quería ser grosera con él ya que él había sido muy amable conmigo al traer mi auto, pero la hora a la que me fuera a la cafetería no era su problema.

—¿Addison?

—¿Qué?

—Pregunté ¿a qué hora vas a ir a la Cafetería?

Rendirse no parecía ser su fuerte así que respondí a su pregunta

—Cuatro treinta.

—Te veré entonces. —Dijo antes de salir por la puerta del frente.

—¡Espera! —fui detrás de él

—¿Por qué? —le pregunté.

—Necesitas ayuda.

—Me las arreglaré. —Repetí las palabras que ya le había dicho a mi madre. Las cuales surtieron el mismo efecto en él que en mi madre.

—Buenas noches, Addison.

Cuando me di la vuelta, la boca de Sam estaba abierta de par en par.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—¿Qué? —caminé hacia mi apartamento y Sam me siguió.

—¿Brix y tú?

—No existe un Brix y yo. Tal vez Alex lo obligó a traer mi auto hasta acá y…

—¿Y también obligó a su hermano mayor a ayudarte en la cafetería?

La idea de que Alex lo haya obligado era ridícula, razón por la cual no había terminado mi frase. No era como si Brix y yo fuéramos amigos, él era un cliente. Bueno, más o menos. Me refiero a que era el hermano de mi jefa, aunque no recibía nada gratis cuando iba al bar.

Subimos las escaleras que estaban a un lado del garaje y cuando abrí la puerta, Sam entró conmigo.

—Addy, no me dejes fuera de esto. ¿Qué pasa entre ustedes dos?

—Te juro que no pasa nada entre nosotros.

Ella hizo una mueca y se abalanzó sobre mi sofá

—Sí, claro.

Miré el reloj, era la una y treinta de la mañana y debía despertar en menos de tres horas.

—Tengo que dormir.

—Yo también. —Sam se volteó y se estiró

—Dame una almohada y una sábana.

—No tienes que quedarte.

—Sabes que es la única forma en que pueda levantarme tan temprano.

—Sam, aprecio mucho lo que haces…

—Almohada, sábana, dormir.

Una vez que mi amiga estuvo instalada, me metí bajo las sábanas, pero no podía dormir. Me preguntaba por qué Brix actuaba de esa manera. Lo único que tenía sentido era que Alex le pidiera que trajera mi auto, pero nada más.

Cerré los ojos, recordando cada detalle de Brix, cómo lucía, olía y se sentía estando allí parado en casa de mi madre. Aunque al principio no estaba segura de si él estaba en su *pick-up* cuando llegamos, una vez dentro de la casa, pude ver cada mínimo detalle de su hermoso rostro.

Mi corazón latía con fuerza al ver su cálida mirada café y su barba incipiente, que sabía que crecía rápido, debido a sus frecuentes visitas al Stave. Sus labios, a los cuales lanzaba miradas furtivas cada vez que se llevaba la copa de vino a su boca, haciéndome lamer los míos.

Su cuerpo era más perfecto que sus rasgos faciales. Tenía los hombros anchos y los pectorales tan definidos que resaltaban bajo las delgadas camisetas que usaba durante el verano. Una vez, en una barbacoa en el viñedo Los Caballeros, pude ver sus abdominales bien trabajados cuando levantó su camiseta para secarse el sudor de la frente. Ese día llevaba shorts, dejando sus fuertes muslos a la vista de todos.

No pude evitar llevar la mano a mi entrepierna, presionando mi centro y sintiendo la humedad provocada al recordar a Brix ese día.

Más pronto de lo normal, la alarma comenzó a sonar, sacándome de la fantasía de estar con Brix con la que mi maravillosa mente me había premiado.

—¡No! —Se quejó Sam desde la sala —¡No fueron ni cinco minutos!

Como la cafetería tenía mejor café del que yo tenía en mi apartamento, ni siquiera me molesté en encender la cafetera, sustituyéndolo por una ducha tibia de cinco minutos para

despertarme. Me puse el uniforme, me recogí el cabello y metí los pies dentro de los zapatos al mismo tiempo que Sam salía del baño.

—Esto ayudará.

Sacó su teléfono y buscó la playlist que habíamos nombrado "Actívate" que, aunque no haya sido intencional, terminaron siendo solo canciones de Twenty One Pilots. Las conocíamos de memoria y nunca dudábamos al cantarlas a todo pulmón, siempre que estuviéramos solas.

Una tarde, Alex llegó al bar sin avisar y nos sorprendió al ver que cantaba tan fuerte como nosotras.

Cuando sonó "Trees", bajamos las escaleras, bailando y haciendo mímicas, teniendo cuidado de no despertar a nuestros vecinos con nuestras payasadas.

Casi habíamos llegado a la entrada cuando Sam se detuvo, bajó su micrófono imaginario y me tiró del brazo.

—¿Qué? —susurré.

—Mira. —Susurró de vuelta.

Seguí su mirada hasta encontrarme a Brix sonriendo, apoyado en su *pick-up*, que estaba estacionada justamente detrás de mi viejo escarabajo. Brix sonriendo ya era bastante inusual. Pero que lo hiciera antes del amanecer y frente a mi casa, era muy extraño.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando estuve lo bastante cerca como para murmurar.

—Las estaba esperando, por cierto, bonito baile.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza, esto tenía que ser un sueño, no había otra explicación. Cuando sentí una mano en mi hombro demasiado grande como para ser la de Sam, mis ojos se abrieron despacio.

—¿Estás bien?

—Si, uhm… Aún no termino de despertarme.

Me giré al escuchar la puerta de la casa de mi madre cerrarse de golpe.

—Disculpa. —Le dije a Brix antes de comenzar a caminar hacia la casa de mi madre, quien caminaba en nuestra dirección.

—Mamá, necesitas quedarte en casa, si no descansas, la hinchazón de tu brazo no bajará y no podrán colocarte el yeso.

Miró en nuestra dirección, luego clavó los ojos al otro lado de la calle y, con la mirada desorbitada y la voz quebrada por la tensión, soltó:

—Necesito ir a la cafetería.

Coloqué una mano en su hombro tal como Brix había hecho conmigo.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—No puedo solo quedarme sentada sin hacer nada, necesito ir a la cafetería, Addy, por favor.

Sus ojos llenos de lágrimas continuaban observando el vecindario.

—Está bien, mamá.

Una vez más, Brix me ayudó a llevarla al auto de Sam, el cual resultaba más cómodo que mi escarabajo para entrar y salir.

—¿Has escuchado algo de Dennis?

Sus ojos encontraron los míos.

—No, ¿por qué?

—Sólo preguntaba.

—Tenemos que irnos o llegaremos tarde.

—Vale, pero debes prometer que no harás nada que pueda empeorar tu lesión.

Ella no prometió nada, de hecho, no hizo ningún ruido hasta que entramos a la cocina y encendimos las luces. Y, aun así, ella sólo dejó escapar un suspiro de alivio que no sabía que había estado conteniendo.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: http://www.ebooks2go.com